

CAPÍTULO 10

La omnisciencia divina

Señor, Tú lo sabes todo; Tú conoces mi abatimiento y mi levantamiento y conoces todos mis caminos. No puedo informarte de nada y es vano tratar de ocultarte algo. A la luz de tu perfecto conocimiento sería tan ingenuo como un niño pequeño. Ayúdame a desechar toda preocupación, pues Tú conoces el camino que tomo y cuando me hayas probado saldré como el oro. Amén.

Decir que Dios es omnisciente es decir que posee un conocimiento perfecto y que, por tanto, no tiene necesidad de aprender. Pero es más: es decir que Dios nunca ha aprendido y no puede aprender.

Las Escrituras enseñan que Dios nunca ha aprendido de nadie. "¿Quién ha dirigido al Espíritu del Señor, o siendo su consejero le ha enseñado? ¿Con quién tomó consejo, y quién le instruyó, y le enseñó el camino del juicio, y le enseñó ciencia, y le mostró el camino de la inteligencia?"

"Porque ¿quién ha conocido la mente del Señor? o ¿quién ha sido su consejero?". Estas preguntas retóricas formuladas por el profeta y el apóstol Pablo declaran que Dios nunca ha aprendido.

De ahí a la conclusión de que Dios no puede aprender sólo hay un paso. Si Dios pudiera, en cualquier momento o de cualquier manera, recibir en su mente un conocimiento que no poseyera y que no hubiera poseído desde la eternidad, sería imperfecto y menos que sí mismo. Pensar en un Dios que deba sentarse a los pies de un maestro, aunque ese maestro sea un arcángel o un serafín, es pensar en alguien que no sea el Dios Altísimo, hacedor del cielo y de la tierra.

Este enfoque negativo de la omnisciencia divina está, en mi opinión, bastante justificado dadas las circunstancias. Puesto que nuestro conocimiento intelectual de Dios es tan pequeño y oscuro, a veces podemos obtener una ventaja considerable en nuestra lucha por comprender cómo es Dios por el simple expediente de pensar cómo no es. Hasta ahora, en este examen de los atributos de Dios, nos hemos visto obligados a utilizar libremente las negaciones. Hemos visto que Dios no tuvo origen, que no tuvo principio, que no necesita ayudantes, que no sufre cambios y que en Su ser esencial no hay limitaciones.

Este método de tratar de hacer ver a los hombres cómo es Dios, mostrándoles cómo no es, es utilizado también por los escritores inspirados en las Sagradas Escrituras. "¿No has sabido? ¿No has oído", clama Isaías, "que el Dios eterno, el Señor, el Creador de los confines de la tierra, no desfallece ni se cansa?". Y esa abrupta declaración del propio Dios: "Yo soy el Señor, no cambio", nos dice más sobre la omnisciencia divina de lo que podría contarse en un tratado de diez mil palabras, si se descartaran arbitrariamente todas las negativas. La eterna veracidad de Dios es declarada negativamente por el apóstol Pablo, "Dios... no puede mentir"; y cuando el ángel afirmó que "para Dios nada será imposible", las dos negativas se suman en un sonoro positivo.

Que Dios es omnisciente no sólo se enseña en las Escrituras, sino que debe inferirse también de todo lo demás que se enseña acerca de Él. Dios se conoce perfectamente a sí mismo y, siendo la fuente y el autor de todas las cosas, se deduce que conoce todo lo que se puede conocer. Y esto Él lo sabe instantáneamente y con una plenitud de perfección que incluye cada posible elemento de conocimiento concerniente a todo lo que existe o pudo haber existido en cualquier parte del universo en cualquier momento del pasado o que pueda existir en los siglos o edades aún no nacidas.

Dios conoce al instante y sin esfuerzo toda la materia y todas las materias, toda la mente y todas las mentes, todo el espíritu y todos los espíritus, todo el ser y todos los seres, toda la criatura y todas las criaturas, toda la pluralidad y todas las pluralidades, toda la ley y todas las leyes, todas las relaciones, todas las causas, todos los pensamientos, todos los misterios, todos los enigmas, todos los sentimientos, todos los deseos, todos los secretos inconfesables, todos los tronos y dominios, todas las personalidades, todas las cosas visibles e invisibles en el cielo y en la tierra, el movimiento, el espacio, el tiempo, la vida, la muerte, el bien, el mal, el cielo y el infierno.

Porque Dios conoce todas las cosas perfectamente, no conoce ninguna cosa mejor que otra, sino todas por igual. Nunca descubre nada. Nunca se sorprende, nunca se asombra. Nunca se pregunta nada ni (excepto cuando atrae a los hombres por su propio bien) busca información o hace preguntas.

Dios es autoexistente y autónomo y conoce lo que ninguna criatura puede conocer jamás: a sí mismo, perfectamente.

"Las cosas de Dios nadie las conoce, sino el Espíritu de Dios". Sólo el Infinito puede conocer lo infinito.

En la omnisciencia divina vemos enfrentados el terror y la fascinación de la Divinidad. Que Dios conozca a cada persona hasta la médula puede ser causa de estremecedor temor para el hombre que tiene algo que ocultar: algún pecado no confesado, algún crimen secreto cometido contra el hombre o contra Dios. El alma no bendecida bien puede temblar porque Dios conoce la endeblez de todo pretexto y nunca acepta las pobres excusas dadas para una conducta pecaminosa, ya que Él conoce perfectamente la verdadera razón de la misma. "Has puesto nuestras iniquidades delante de ti, nuestros pecados secretos a la luz de tu rostro". Qué cosa tan espantosa ver a los hijos de Adán buscando esconderse entre los árboles de otro jardín. Pero, ¿dónde se esconderán? "¿Adónde iré lejos de tu espíritu? o ¿adónde huiré de tu presencia?... Si dijere: Ciertamente las tinieblas me cubrirán; aun la noche será ligera en derredor mío. Sí, las tinieblas no se ocultan de ti, sino que la noche brilla como el día".

Y para nosotros, que hemos huido en busca de refugio para aferrarnos a la esperanza que nos ofrece el Evangelio, qué indeciblemente dulce es saber que nuestro Padre Celestial nos conoce por completo. Ningún chismoso puede delatarnos, ningún enemigo puede hacernos una acusación; ningún esqueleto olvidado puede salir de algún armario oculto para avergonzarnos y exponer nuestro pasado; ninguna debilidad insospechada en nuestro carácter puede salir a la luz para alejar a Dios de nosotros, ya que Él nos conoció completamente antes de que lo conociéramos y nos llamó a Sí mismo con pleno conocimiento de todo lo que había contra nosotros. "Porque los montes se apartarán, y los collados serán removidos; pero mi misericordia no se apartará de ti, ni el pacto de mi paz será removido, dice el Señor que tiene misericordia de ti."

Nuestro Padre celestial conoce nuestra condición y recuerda que somos polvo. Conocía nuestra traición innata, y por Su propio bien se comprometió a salvarnos (Isa. 48:8-11). Su Hijo unigénito, cuando caminó entre nosotros, sintió nuestros dolores en su desnuda intensidad de angustia. Su conocimiento de nuestras aflicciones y adversidades es más que teórico; es personal, cálido y compasivo. Sea lo que sea lo que nos suceda, Dios lo sabe y se preocupa por nosotros como nadie más puede hacerlo.

Él da su alegría a todos; Él se hace un infante pequeño; Él se hace un hombre de aflicción; Él siente la pena también.

*No pienses que puedes suspirar
un suspiro Y tu Hacedor no está
cerca;*

*No pienses que puedes llorar una
lágrima y que tu Creador no está
cerca.
¡O! Él nos da Su alegría*

Para que destruya nuestras penas; Hasta que nuestro dolor desaparezca, se sienta a nuestro lado y gime. William Blake